



EL "APARTHEID"

Ahora ya no se habla casi del «apartheid» sudafricano y es una lástima, porque era un tema la mar de socorrido: todo comentarista de política internacional que no sabía de qué escribir entre los años 1960 y 1972 o así no tenía más que lanzarse a una indignada acusación o a una entusiasta defensa del «apartheid».

El «apartheid» consiste en teoría en separar a los negros de los blancos para que no se destiñan unos contra otros. Los negros viven tan ricamente en sus chabolas y los blancos en sus grandes apartamentos y chalets; los negros a trabajar y a ser buenos y los blancos a definir lo que es bueno y lo que es malo y a aquilatar cuánto vale el trabajo negro.

Si un negro y una blanca (o al revés) se acuestan juntos, pues multa y cárcel al canto. El «apartheid» no limita sus actividades a las relaciones entre negros y blancos, sino que las amplía a todos los colores del cutis humano. Los japoneses (no los chinos) son los únicos seres de color que tienen en Sudáfrica categoría de «blancos honorarios» (en el Tercer Reich eran «arios honorarios») para todo excepto para el amor: pueden parar en hoteles blancos, comer en restaurantes blancos y desahogarse en retretes blancos, pero de encamarse con blancos ni hablar. A este propósito recuerdo el caso de un negro a quien un marido airado tumbó de un puñetazo, como consecuencia de haberle sorprendido con su mujer: «Ya sé por qué me pega usted», dijo el negro, ofendido, al irse, «es porque soy negro».

En Inglaterra, donde no hay «apartheid», se trata a los negros con tremenda delicadeza. Recuerdo, por ejemplo, que a un locutor de la BBC sus superiores le llamaron al orden por haber usado la expresión «trabajar como un negro» y le advirtieron que, en adelante, tenía que decir «trabajar como un caballero de color», cosa que, la verdad, me parece un poco exagerado.

Tanto es el cuidado que tienen en Sudáfrica, sólo que en sentido contrario, que una novela sobre un caballo negro que se titula «Belleza Negra» fue prohibida por la censura sólo por el título y si hasta hace muy poco no había televisión era por la dificultad de no dar en ella películas en las que ningún negro saliera en términos de igualdad con los blancos.

Y eso que el «Apartheid» se basa en un concepto básico erróneo: no hay raza blanca, nosotros tenemos la piel color gris-rosado. ¡Si de verdad los gris-rosados fuésemos blancos! ■ J. PARDO.

